

La Primera Llama

Nombre: Alexis Escobar Muñoz | Edad 38 años | Localidad: El Peralito

Cuentan los antiguos que, antes de que Monte Patria tuviera ese nombre, una familia vivía en la falda del Cerro Guanaco, frente al Guayaquil de Piedras Bonitas.

Ellos tenían el corazón pegado a la tierra. La abuela conocía las plantas; el abuelo escribía el cielo en las piedras; la madre sabía cuándo sembrar; el padre corría los senderos con el viento, y los niños aprendían viviendo.

Una primavera, después de una lluvia generosa, cultivaron maíz, porotos y zapallo en las terrazas de piedra que la familia había levantado con paciencia.

-No plantamos solamente para llenar la guatita -decía la abuela Próspera-. Sembramos para que la tierra nos devuelva la vida.

Al poco tiempo, unos guanacos comenzaron a bajar desde la ladera. Los niños quisieron perseguirlos, pero el abuelo Urqueta los detuvo.

-Al animal que persigues, le enseñas a huir. El que respetas aprende a quedarse.

Desde entonces, la familia dejó hojas tiernas de zapallo, chalas de choclo y tackos de Algarrobo, junto al sembradío. Hasta que un guanaco joven, flaco y curioso, comenzó a acercarse. Comía y se marchaba. Al día siguiente regresaba.

Pasaron las estaciones y el vínculo creció: El guanaco ya no escapaba. Comía de las manos de los niños y descansaba cerca de las terrazas. El alimento y el cuidado hicieron que su cuerpo cambiara.

Luego de un par de inviernos, ya no parecía el mismo animal. Su pecho era más ancho. Sus patas, fuertes. Su cuello, más robusto. Y su pelo creció, espeso y suave, como si la tierra hubiese decidido abrigarlo.

La familia quedó en silencio. La abuela "Popita", le puso una mano sobre su lomo.

-Ya no caminas como antes -susurró-. La tierra te ha reconocido.

Desde aquel día lo llamaron la Primera Llama.

Sus crías crecieron junto a las terrazas. Cada generación parecía más tranquila y lanuda. La agricultura y la crianza comenzaron a caminar juntas: la semilla alimentaba al animal y Yastay devolvía alimento, abrigo, fuerza y compañía.

Mucho después, la arqueología encontraría llamas domesticadas por los Diaguitas. En sus dientes quedaron alimentos cocidos, entre ellos maíz y zapallo. La ciencia no puede decir que aquella familia fue la primera en domesticar al guanaco. Pero sí nos permite mirar aquella relación entre personas, cultivos y animales. Por eso, cuando hoy las terrazas del Cerro Guanaco vuelven a reverdecer después de la lluvia, dicen que puede verse una llama blanca caminando entre las piedras. Es la Primera Llama.

(A la memoria viva de un pacto: sembrar, cuidar y sentir con el territorio.)